

MANUEL KANT

PROLEGÓMENOS A TODA
METAFÍSICA DEL PORVENIR

OBSERVACIONES SOBRE EL
SENTIMIENTO DE LO BELLO
Y LO SUBLIME

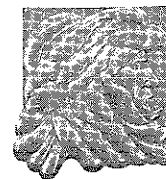
CRÍTICA DEL JUICIO

ESTUDIO INTRODUCTIVO Y
ANÁLISIS DE LAS OBRAS

POR

FRANCISCO LARROYO

OCTAVA EDICIÓN



EDITORIAL PORRÚA
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2003

depende de un concepto de número; pero en una apreciación estética de las magnitudes, el concepto de número tiene que desaparecer o ser cambiado, y la comprensión de la imaginación para la unidad de la medida (por lo tanto, con exclusión del concepto de una ley de sucesiva producción de los conceptos de magnitudes) es sola por sí conforme a fin. Ahora bien: cuando una magnitud alcanza casi el máximo de nuestra facultad de comprender en una intuición, y, sin embargo, la imaginación es requerida, mediante magnitudes numerales (para las cuales tenemos consciencia de que nuestra facultad no tiene límites), para comprender estéticamente una unidad mayor, entonces nos sentimos en el espíritu encerrados estéticamente en límites; sin embargo, el dolor, en consideración a la extensión necesaria de la imaginación para adecuarse con lo que en nuestra facultad de la razón es ilimitado, es decir, con la idea del todo absoluto, y con el dolor, por tanto, también la inadecuación de la facultad de la imaginación con las ideas de la razón y su excitación son representados como conformes a un fin. Justamente por eso, empero, viene el juicio estético mismo a ser subjetivo-final para la razón como fuente de las ideas, es decir, de una comprensión intelectual, para lo cual toda comprensión estética es pequeña, y el objeto es recibido como sublime, con un placer que sólo es posible mediante un dolor.

B. DE LO SUBLIME DINÁMICO DE LA NATURALEZA

§ 28

De la naturaleza como una fuerza

Fuerza es una facultad que es superior a grandes obstáculos. Lo mismo significa un *poder*, aunque éste es superior a la resistencia incluso de lo que tiene fuerza. La naturaleza, en el juicio estético, considerada como fuerza que no tiene sobre nosotros ningún poder, es dinámico-sublime.

Si la naturaleza ha de ser juzgada por nosotros dinámicamente como sublime, tiene que ser representada como provocando el temor (aunque no, recíprocamente, todo objeto que provoque temor es, en nuestro juicio estético, tenido por sublime), pues en el juicio estético (sin concepto), la superioridad sobre obstáculos puede ser juzgada solamente según la magnitud de la resistencia. Ahora bien: aquello a lo que nos esforzamos en resistir es un mal, y si nosotros no encontramos nuestra facultad capaz de resistirle, entonces es un objeto de temor. Así, pues, para el Juicio estético, la naturaleza puede valer como fuerza, y, por

tanto, c
objeto c

Puede, por ejemplo, ser considerado como *temible*, sin sentir temor ante él, cuando, por ejemplo, lo juzgamos *pensando* solamente el caso en que quisiéramos oponerle alguna resistencia, y que entonces toda resistencia sería, y con mucho, vana. De ese modo teme a Dios el virtuoso, sin sentir temor ante él, porque resistir a él y a sus mandatos, lo piensa como un caso que no le preocupa; pero en cada uno de esos casos, que no piensa en sí como imposibles, Lo² conoce como temible.

El que teme no puede en modo alguno juzgar sobre lo sublime de la naturaleza, así como el que es presa de la inclinación y del apetito no puede juzgar sobre lo bello. Aquél huye la vista de un objeto que le produce miedo, y es imposible encontrar satisfacción en un terror que fuera seriamente experimentado; de aquí que el agrado que proviene de la cesación de una pena sea el *contento*. Pero éste, cuando viene de la liberación de un peligro, es un contento con la resolución de no volverse más a exponer al mismo; aun más: no hay gana ni siquiera de volver a pensar con agrado en aquella sensación, y mucho menos de buscar ocasión para ello.

Rocas audazmente colgadas y, por decirlo así, amenazadoras, nubes de tormenta que se amontonan en el cielo y se adelantan con rayos y con truenos, volcanes en todo su poder devastador, huracanes que van dejando tras sí la desolación, el Océano sin límites rugiendo de ira, una cascada profunda en un río poderoso, etc..., reducen nuestra facultad de resistir a una insignificante pequeñez, comparada con su fuerza. Pero su aspecto es tanto más atractivo cuanto más temible, con tal de que nos encontremos nosotros en lugar seguro, y llamamos gustosos sublimes esos objetos porque elevan las facultades del alma por encima de su término medio ordinario y nos hacen descubrir en nosotros una facultad de resistencia de una especie totalmente distinta, que nos da valor para poder medirnos con el todopoderoso aparente de la naturaleza.

Pues así como en la inconmensurabilidad de la naturaleza, y en la incapacidad de nuestra facultad para tomar una medida proporcionada a la apreciación estética de las magnitudes de su *esfera*, hemos encontrado nuestra propia limitación, y, sin embargo, también, al mismo tiempo, en nuestra facultad de la razón, otra medida no sensible que tiene bajo sí aquella infinidad misma como unidad, y frente a la cual todo en la naturaleza es pequeño, y, por tanto, en nuestro espíritu, una superioridad sobre la naturaleza misma en su inconmensurabilidad, del mismo modo la irresistibilidad de su fuerza, que ciertamente nos da a

² En la primera y segunda edición dice «lo». (N. del T.)

conocer nuestra impotencia física, considerados nosotros como seres naturales, descubre, sin embargo, una facultad de juzgarnos independientes de ella y una superioridad sobre la naturaleza, en la que se funda una independencia de muy otra clase que aquella que puede ser atacada y puesta en peligro por la naturaleza, una independencia en la cual la humanidad en nuestra persona permanece sin rebajarse, aunque el hombre tenga que someterse a aquel poder. De ese modo, la naturaleza, en nuestro juicio estético, no es juzgada como sublime porque provoque temor, sino porque excita en nosotros nuestra fuerza (que no es naturaleza) para que consideremos como pequeño aquello que nos preocupa (bienes, salud, vida); y así, no consideramos la fuerza de aquella (a la cual, en lo que toca a esas cosas, estamos sometidos), para nosotros y nuestra personalidad, como un poder ante el cual tendríamos que inclinarnos si se tratase de nuestros más elevados principios y de su afirmación o abandono. Así, pues, la naturaleza se llama aquí sublime porque eleva la imaginación a la exposición de aquellos casos en los cuales el espíritu puede hacerse sensible la propia sublimidad de su determinación, incluso por encima de la naturaleza.

Nada pierde esa apreciación propia porque tengamos que vernos en lugar seguro para sentir esa satisfacción que entusiasmo, ni por el hecho de que, como no hay seriedad en el peligro, tampoco (según podría parecer) puede haber seriedad en la sublimidad de nuestra facultad del espíritu. Pues la satisfacción, aquí, se refiere tan sólo a la determinación de nuestra facultad que en tal caso se descubre, así como la base para esta última está en nuestra naturaleza, mientras que el desarrollo y ejercicio de la misma sigue siendo de nuestra incumbencia y obligación. Y en esto está la verdad, por mucha consciencia que el hombre tenga de su real impotencia presente, cuando prolonga hasta ahí su reflexión.

Desde luego, parece ese principio, tomado de muy lejos, muy enrevesado, y, por tanto, por encima de un juicio estético; pero la observación del hombre muestra lo contrario, y que puede estar a la base de los juicios más ordinarios, aunque no siempre se tenga consciencia de él. Porque ¿qué es lo que, incluso para el salvaje, es objeto de la mayor admiración? Un hombre que no se aterra, que no teme, que no huye el peligro, y, al mismo tiempo, empero, va a la obra tranquilo y con total reflexión. Incluso en el estado social más civilizado perdura aquella preferente consideración hacia guerrero: sólo que se desea además que éste muestre al mismo tiempo todas las virtudes de la paz, bondad, compasión y hasta un cuidado conveniente de su propia persona, justamente porque en ello se conoce la invencibilidad de su espíritu por el peligro. De aquí que, por más que se discuta, en la comparación del hombre de Estado con el general, sobre la preferencia del respeto que

uno más que el otro merezca, el juicio estético decide en favor del último. La guerra misma, cuando es llevada con orden y respeto sagrado de los derechos ciudadanos, tiene algo de sublime en sí, y, al mismo tiempo, hace tanto más sublime el modo de pensar del pueblo que la lleva de esta manera cuanto mayores son los peligros que ha arrojado y en ellos se ha podido afirmar valeroso; en cambio, una larga paz suele hacer dominar el mero espíritu de negocio, y con él el bajo provecho propio, la cobardía y la malicia, y rebajar el modo de pensar del pueblo.

Contra este análisis del concepto de lo sublime, en cuanto atribuido a la fuerza, parece alzarse el hecho de que solemos representarnos a Dios en la tempestad, en la tormenta, en los terremotos, etc..., encolerizado, pero, al mismo tiempo, presentándose en su sublimidad, por lo cual, pues, el imaginar una superioridad de nuestro espíritu sobre los efectos, y, según parece, sobre las intenciones de un fuerza semejante, sería locura y también sacrilegio. No el sentimiento de la sublimidad de nuestra naturaleza propia, sino más bien sumisión, abatimiento y sentimiento de la total impotencia parece ser aquí la disposición del espíritu que cuadra con el fenómeno de semejante objeto, y que suele generalmente ir unida con la idea del mismo en semejantes sucesos naturales. En la religión, sobre todo, parece el prosternarse y rezar con la cabeza caída, con ademán y voz de contrición y de miedo, ser el único comportamiento conveniente en presencia de la divinidad, y la mayoría de los pueblos lo han admitido por eso y lo observan aún. Pero esa disposición de espíritu no está tampoco, ni con mucho, unida en sí, y necesariamente, con la idea de la sublimidad de una religión y de su objeto. El hombre que teme verdaderamente, porque encuentra en sí motivo para ello al tener consciencia de haber pecado, por sus sentimientos condenables, contra una fuerza cuya voluntad es al mismo tiempo irresistible y justa, ese hombre no se encuentra, de ningún modo, en la situación de espíritu requerida para admirar la magnitud divina, para lo cual se exige una disposición a la contemplación reposada y al juicio totalmente libre. Sólo cuando tiene consciencia de sus sinceros sentimientos gratos a Dios sirven aquellos efectos de la fuerza para despertar en él la idea de la sublimidad de aquel ser, en cuanto reconoce en sí mismo una sublimidad de sus sentimientos, adecuada a la voluntad de aquél, y entonces se eleva por encima del temor ante aquellos efectos de la naturaleza, que no reconoce ya como los estrépitos de su cólera. La humildad misma, como juicio *s. vero* de las propias faltas que, por lo demás, teniendo la consciencia de buenos sentimientos, podrían encubrirse fácilmente con la fragilidad de la naturaleza humana, es una disposición sublime del espíritu: la de someterse espontáneamente al dolor de la propia censura para destruir poco a poco sus causas. De ese

modo se distingue internamente religión de superstición: esta última funda en el espíritu, no la veneración a lo sublime, sino el temor y el miedo del ser todopoderoso a cuya voluntad se ve sometido el hombre atemorizado, sin apreciarlo, sin embargo, altamente; de lo cual, por cierto, no puede seguramente nacer otra cosa que la solicitud del favor, la adulación, y no una religión de la buena conducta en la vida.

Así, pues, la sublimidad no está encerrada en cosa alguna de la naturaleza, sino en nuestro propio espíritu, en cuanto podemos adquirir la conciencia de que somos superiores a la naturaleza dentro de nosotros, y por ello también a la naturaleza fuera de nosotros (en cuanto penetra en nosotros). Todo lo que excita en nosotros ese sentimiento, entre lo cual está la fuerza de la naturaleza que provoca nuestras facultades, llámase entonces (aunque impropriamente) sublime; y sólo bajo la suposición de esa idea en nosotros, y en relación con ella, somos capaces de llegar a la idea de la sublimidad del ser que no sólo por la fuerza que muestra en la naturaleza produce en nosotros respeto interior, sino aún más por la facultad puesta en nosotros de juzgar aquélla sin temor y de pensar nuestra determinación como sublime por encima de ella.

§ 29

De la modalidad del juicio sobre lo sublime de la naturaleza

Hay innumerables cosas de la naturaleza bella sobre las cuales exigimos derechamente, y hasta, sin equivocarnos notablemente, podemos esperar, conformidad del juicio de cualquier otro con el nuestro; pero con nuestro juicio sobre lo sublime en la naturaleza no podemos tan fácilmente lisonjearnos de penetrar en los demás, pues parece que es necesaria una mucho mayor cultura, no sólo del Juicio estético, sino también de las facultades de conocimiento que están a la base de ésta para poder enunciar un juicio sobre la excelencia de los objetos de la naturaleza.

La disposición del espíritu para el sentimiento de lo sublime exige una receptividad del mismo para ideas, pues justamente en la inadecuación de la naturaleza con estas últimas, y, por tanto, sólo bajo la suposición de las mismas y de una tensión de la imaginación para tratar la naturaleza como un esquema de ellas, se da lo atemorizante para la sensibilidad, lo cual, al mismo tiempo, es atractivo, porque es una violencia que la razón ejerce sobre aquélla sólo para extenderla adecuadamente a su propia esfera (la práctica) y dejarle ver más allá en lo

infinito, que para aquélla es un abismo. En realidad, sin desarrollo de ideas morales, lo que nosotros, preparados por la cultura, llamamos sublime, aparecerá al hombre rudo sólo como atemorizante. Él verá en las demostraciones de poder de la naturaleza, en su destrucción y en la gran medida de la fuerza de ésta frente a la cual la suya desaparece en la nada, sólo la pena, el peligro, la congoja que rodearían al hombre que fuera lanzado allí. Así, aquel bueno y por lo demás inteligente aldeano saboyano llamaba, sin más reflexión, locos (según cuenta el Sr. de Saussure)³ a todos los aficionados a la nieve de las montañas. Y ¿quién sabe si quizá no hubiera tenido razón, de haber arrojado aquel observador los peligros a que se expuso sólo por afición, como suelen hacer la mayoría de los viajeros, o para poder dar de ellos alguna vez una descripción patética? Pero su intención era la instrucción de los hombres, y aquel hombre eminente tuvo y dio además a los lectores de sus viajes una sensación que eleva las almas.

Pero porque el juicio sobre lo sublime de la naturaleza requiera cultura (más que el juicio sobre lo bello), no por eso es justamente producido originariamente por la cultura e introducido algo así como convencionalmente en la sociedad, sino que tiene sus bases en la naturaleza humana y en aquello justamente que, además del entendimiento sano, se puede al mismo tiempo exigir y reclamar de cada cual, a saber, la disposición para el sentimiento de ideas (prácticas), es decir, la moral.

En esto se funda ahora la necesidad de la concordancia del juicio de otros sobre lo sublime con el nuestro, lo cual atribuimos al mismo tiempo a éste, pues así como tachamos de falto *de gusto* a aquel que en el juicio de un objeto de la naturaleza encontrado bello por nosotros se muestra indiferente, de igual modo decimos del que permanece inmóvil ante lo que nosotros juzgamos como sublime que no tiene *sentimiento* alguno. Pero ambas cosas las exigimos a cada hombre y las suponemos en él si tiene alguna cultura: sólo con la diferencia que la primera, como en ella el Juicio refiere la imagen sólo al entendimiento como facultad de los conceptos, la exigimos, sin más, a cada cual; pero la segunda, como en ella el Juicio refiere la imaginación a la razón como facultad de las ideas, la exigimos sólo bajo una suposición subjetiva (que, sin embargo, nos creemos autorizados a exigir de cada cual), a saber, la del sentimiento moral en el hombre, y por esto atribuimos, a su vez, necesidad a ese juicio estético.

Esta modalidad de los juicios estéticos, a saber, la necesidad que les es atribuida, constituye un momento principal para la Crítica de Juicio,

³ Sabio ginebrino, geólogo y geógrafo. Dices que fue el primero en realizar la ascensión del Mont-Blanc. (N. del T.)